

engranaje más dentro de la gran industria científica.

Para C. Paris, se hace necesario, frente a esta situación y al proceso histórico que la gestó, realizar un análisis filosófico amplio, carente de sectarismos o parcializador de la realidad en que vivimos. Es preciso llevar a cabo un «filosofar auténtico y creador», que sea una búsqueda dialéctica llevada a cabo de manera conjunta con las investigaciones científicas. Surge, de esta manera, una nueva forma de comprender la filosofía de la ciencia, transformándose ésta en un arma ideológica de gran peso y en un aporte idóneo para el camino arduo hacia el socialismo. ■ **LILIANA CHECA PEREZ.**

NICARAGUA: LUCHA, LLORA Y MUERE

Enrique M. Fariñas es el autor de este libro beligerante y apasionado. Un libro de barricada que sacrifica, tal vez, su perdurabilidad, en aras de su efectividad. Ese, creemos, ha sido propósito del autor, propósito que se cumple largamente, pues la lectura conmueve y lo que es más importante, moviliza.

A lo largo de más de 300 páginas asistimos a la tragedia nicaragüense, una tragedia que se remonta a los tiempos de las luchas coloniales y la posterior dependencia económica ante Inglaterra, en primer lugar, y los Estados Unidos, posteriormente.

La historia de Nicaragua es la historia de la dependencia. Ya en 1860 los monopolios norteamericanos controlaban el transporte marítimo del país, beneficiándose de la explotación del café, mientras que la Standard Fruit & Steamship «se adueñaban de toda la producción frutera». Por rieles paralelos a la ingerencia económica transitaba la influencia política de la Casa Blanca: ante la peligrosa presencia de los liberales liberados por José Santos Zelaya que intentaban una serie de reformas impulsoras del desarrollo nacional, tomaron partido por el sector más reaccionario y conservador, que en 1909 se instaura en el poder y en 1914 firmará con los Estados Unidos un tratado conocido bajo el nombre de Chamorro-Bryan, que con-figuraba en la práctica la venta

del país por el exiguo precio de tres millones de dólares. «Los Estados Unidos establecían sobre el país una especie de protectorado, consiguiendo que el presidente Adolfo Díaz les otorgase el derecho a construir un canal interoceánico y a establecer bases navales: una en el golfo de Fonseca, en el océano Pacífico, y otra en las islas del Caribe. Esta concesión tendría una validez de 99 años, a cambio del pago de tres millones de dólares. Y según ella, prácticamente, los sucesivos gobiernos de los Estados Unidos podrían disponer de la nación nicaragüense como si se tratara de una colonia» (Fariña).

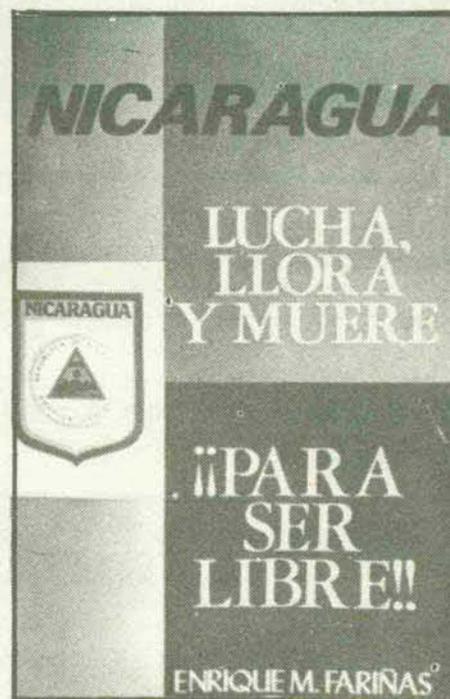
La historia volvía a repetirse. La entrega quedaba consumada a cambio de treinta dólares actualizados. La historia de la resistencia nicaragüense ante el agresor norteamericano y sus cómplices nativos ha sido proverbial. En el período comprendido entre 1913 y 1924 se produjeron más de diez levantamientos armados que fueron sofocados por los gobiernos conservadores con ayuda de USA. En 1925, al retirarse del territorio las fuerzas armadas norteamericanas, se establece en el país un gobierno de coalición conservador-liberal que en pocos meses entra en crisis con el enfrentamiento de ambos sectores. Washington, viendo peligrar sus intereses, ordena entonces la invasión del país y los marines hacen su entrada en Nicaragua. En 1927 ha de firmarse un pacto conocido como de «El Espino Negro» que, entre otras medidas, creaba la tristemente célebre Guardia Nacional, que en sus inicios fue comandada por oficiales norteamericanos.

Es en este momento cuando surge la figura de Augusto César Sandino, quien «durante siete largos y penosos años, al mando de un ejército de unos pocos cientos de hombres mal armados, entabló más de quinientos combates contra los marines... Esta guerra nacional tuvo su culminación con la expulsión de las tropas estadounidenses, incapaces de vencer a los guerrilleros, y se tradujo en la aceptación por parte del gobierno de Washington del compromiso de respetar en lo sucesivo la soberanía y la autodeterminación del país centroamericano» (Fariña).

Sin embargo, el mismo año de la retirada de las tropas extranjeras, el joven Anastasio Somoza García se

hacia cargo de la jefatura de la Guardia Nacional. Con él y en él los intereses norteamericanos hallarían la mejor cobertura.

Con el asesinato de Sandino y la ascensión al poder de Somoza, mediante el golpe de Estado de 1936, se inicia la larga noche de la «dictadura dinástica» y una nueva etapa de la lucha del pueblo nicaragüense por su libertad. El libro de Fariña es un valioso testimonio de ese empeño, enriquecido con una copia información (Amnistía Internacional, Agermanament, Lliga dels Drets dels Pobles, Liga Internacional por los Derechos y Liberación de los Pueblos, IEPALA [Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África], Institut fue Iberoamerika-Kunde. Dokumentations-Leirstelle Lateinamerika), en muchos casos inédita y en otros poco conocida.



En la carta-testamento de Rigoberto López Pérez, dirigida a su madre, el autor de los disparos que mataron a Tacho Somoza, escribió: «Debe pensar que lo que yo he hecho es un deber que cualquier nicaragüense que de veras quiere a su patria debía llevar a cabo hace mucho tiempo». Este mismo criterio es el sustentado por el Frente Sandinista de Liberación quien, en condiciones muy difíciles, y bajo el lema de **Patria libre o morir**, continúa la lucha contra la tiranía. El libro de Fariña, participa de esta consigna, renunciando a la fría **objetividad** el autor se compromete en actitud beligerante. ■ **JUAN MONTIA.**